

REVISTA

DE

ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

RESÚMEN.

Línea de conducta: Nuestros temores. II.—Grupo de la Paz: Segunda parte de las Impresiones de un Espíritu. XI.—Memoria necrológica (conclusion.)—La libertad de conciencia.—¡Nada hay lleno en vacío!—Un buen apóstol.—Necrologías.—Crónica.—Anuncios.

Línea de conducta.

NUESTROS TEMORES.

II.

Ya podeis comprender, por lo dicho en la anterior comunicacion, que ni por su cualidad ni por su cantidad pueden asemejarse nuestros temores á los vuestros.

La prevision de futuros males, que dá lugar á la sensacion de temor, no está contrarestada en vuestro espíritu por la evidencia de futuros y, en último resultado, definitivos bienes.

Nosotros, por el contrario, poseemos esta evidencia; pero como por otra parte nos afectamos con las desgracias y sufrimientos á que por via de pena se os sujeta, como somos sensibles á vuestras lágrimas y á vuestros dolores, de ahí que cuando os contemplamos deslizarnos por la fatal pendiente que conduce al abismo del sufrimiento, al infierno del dolor, tememos; porque preveemos el martirio á que voluntariamente os encaminais, la tortura que inconscientemente os imponeis.

Al decir, pues, nuestros temores, usamos esta frase en un sentido mucho más relativo que vosotros.

Templadas todas nuestras impresiones, sean lo más dolorosas y crueles que fueren, por el hecho de una inmortalidad real y por la esperanza de un progreso indefinido, no nos arrastran al negro pesimismo de la desesperacion.

Sufrimos, es verdad, cuando sufrís; por eso tememos, sufrimos algunas veces

hasta cuando gozais porque tememos; vuestros dolores y en ciertas ocasiones vuestros júbilos, nos conmueven, nos afligen, pero no nos desconsuelan.

Nuestros temores, pues, nacen de la prevision de futuros sufrimientos. Si son ó no justificados, á nadie mas que á vosotros mismos se os debe preguntar.

Fijaos en esta urdimbre que tejen vuestros actos, que forma vuestra vida objetiva; observad los fenómenos repetidos y hasta constantes con que el mal aparece y se revela en la sociedad, bajo formas tan múltiples como variadas; ¿no vislumbrais acaso en la hipocresía su forma más general, su manifestacion más penetrante? En la escala del mal, la hipocresía es la nota más aguda; aun en las más deliciosas armonías logra este mónstruo ingerir una discordancia. La existencia de la hipocresía en la sociedad revela que existe en el hombre un gran fondo de perversidad y corrupcion. ¿Cómo se quiere que un individuo deje de ser envidioso, iracundo, soberbio, si tiene á su disposicion y emplea constantemente disfraces que oculten á la corta vista de sus semejantes, estos defectos? ¿Cómo se puede pretender que la murmuracion se extinga, si se oculta tras una adulacion refinada? ¿Cómo se alcanzará extirpar el mal de raiz, mientras el hombre, desprovisto de sinceridad, pueda y crea lícito aparentar la bondad, la moderacion, y todas las cualidades que son como las formas relativas del absoluto bien?

La hipocresía es, pues, el centinela avanzado de todo este ejército de demonios, que se disputan el espíritu humano. A quebrantar este demonio deben dirigirse todos los esfuerzos de los hombres de buena voluntad. ¿Pretendeis acaso asaltar la ciudadela sin tomar ántes las obras avanzadas? Desengañaos: lo primero es lo primero, se os ha dicho y repetido con frecuencia. Pues si la forma más generalizada, más universal del pecado, si la manifestacion más persistente del mal es la hipocresía, este es vuestro primer enemigo, este es el primer atleta que se presenta en el circo; este el gladiador con quien primero debeis luchar.

Mientras la hipocresía exista, tememos, porque es la pendiente insensible por a que se desliza ligeramente vuestra planta; es la serpiente tentadora que ahoga los gemidos de una conciencia enferma y atenua las redentoras torturas del remordimiento. ¿Sereis buenos si podeis aparentar que lo sois? ¿A qué caminar por los senderos ásperos de la virtud, si la hipocresía os ofrece sus apariencias? ¿Para qué ajustarse á las exigencias imperiosas de la ley moral, si podeis, si creéis lícito convencer á los demás del cumplimiento de vuestros deberes?

Para el materialista de conviccion, la hipocresía es un medio más que útil y conveniente, necesario. Sin él no hay posibilidad de medrar en la vida social, ni de figurar como primer personaje en el gran drama humano.

¿Qué importa que todos la anatematicen, si todos la emplean y la utilizan? ¿Qué importa que los unos no sean hipócritas en la expresion de sus creencias,

si lo son en sus actos? ¿Qué importa que se deteste por convicción el tipo del fariseo, si todos en un momento ú otro vestís su túnica, os cubrís con su disfraz, os adornais con sus funestos atributos y sus negras cualidades? El mal es profundo, intenso y grave, mientras la hipocresía sea un medio considerado útil y en ciertas ocasiones lícito y justo. El que finge sentimientos que no posee, es hipócrita. Es hipócrita el que miente á sabiendas; lo es el que murmura, el que calumnia; lo es el ladrón que se entretiene en robar la honra de su prójimo, manchando su reputación, hiriendo su fama ó vilipendiando su nombre.

Y todos estos son hipócritas, porque sin fingir no podrían dedicarse á sus repugnantes trabajos. Querer parecer bueno sin serlo, es el escollo que necesita evitar el hombre.

Tememos cuando observamos la profundidad del mal y lo mucho que se ha generalizado y extendido; y no tememos por vuestra definitiva suerte, pues ésta nos la evidencia la que hemos alcanzado ó la que vemos alcanzar á los demás, sino que tememos porque preveemos los males que os sobrevendrán; porque descubrimos vuestros compañeros de viaje; porque observamos al sufrimiento aprestándose para dominaros en vuestras futuras vidas.

Nos condolemos de vuestra desgracia, pero no nos desesperamos. Solo tiene derecho á desesperarse quien no tiene esperanza. Si la esperanza es un atributo de la racionalidad, claro es que el ser racional no puede, y aunque pudiese no debe desesperar.

Nosotros, consecuentes con esta apreciación, nunca nos desesperamos, porque sabemos que en definitiva, al término de la lucha se encuentra el templo de la victoria, en el cual entrará toda la humanidad para ser coronada y recibir la suprema bendición del Padre común.

Os hemos dicho que la hipocresía es como la obra avanzada, la serie de fuertes y contrafuertes que resguarda la ciudadela del mal. Pues bien, esta ciudadela tiene un vigía. Este vigía es la envidia. La envidia, atenta, recelosa, suspicaz, sigue las operaciones del enemigo, es decir, de la virtud.

Ningún detalle se escapa, por minucioso que sea, á su vista de lince; se arrastra protegida por las sombras de la noche hasta el asilo mismo del bien, penetra en él y procura apagar con su veneno (murmuración ó calumnia) las aureolas más resplandecientes.

Mientras existan en la humanidad la hipocresía y la envidia, temeremos, es decir, no seremos completamente felices.

Temeremos, porque del horrible matrimonio de estas dos furias solo pueden nacer el dolor, el castigo, el malestar, la pena. Por vía de pena se impondrá el malestar; por vía de castigo surgirá el espectro del dolor, negro como la noche, confuso como el caos, avasallador como la muerte.

En vuestra mano está, de vuestra voluntad depende, elegir para vuestros fu-

turos viajes unos á otros compañeros. Si en lugar de ser buenos preferís aparentarlo; si destilais hiel en lugar de miel; si alimentais esa sierpe que se llama envidia, enroscada en vuestro corazon, preparaos. Vuestros inseparables compañeros serán el tétrico dolor, el fúnebre sufrimiento, la asoladora desgracia.

Si por el contrario, dejais que el agua regeneradora penetre por los poros que se llaman inteligencia y corazon, y permitís circule libremente por vuestro espíritu, entonces os acompañará el dulce bienestar, la consoladora y bella esperanza, la inefable satisfaccion.

Elegid, pues; el Espiritismo vuelve á presentaros bajo nueva forma el mismo problema; el eterno y hasta ahora insoluble. ¿Debeis ser buenos ó tan solo estais obligados á parecerlo? Hé ahí la cuestion, rejuvenecida, es verdad, en su exterior, pero venerable por su antigüedad en su esencia.

Nos tememos que vuestra incertidumbre dé largas á la solucion. Hoy por hoy (pésanos hacer esta confesion que nos arranca nuestra sinceridad) contemplamos á la humanidad sumergida hasta el cuello en un impuro lodazal, respirando los pestilentes miasmas del pantano y sudando por todos sus poros la hiel de la envidia, el veneno de la calumnia; cubriendo sus intenciones, sus palabras y sus actos con el negro manto de la hipocresía.

¿Dónde están los hombres que descubren su verdadera fisonomía? ¿Dónde los seres que no ocultan una intencion? ¿Dónde las individualidades que no disfrazan un pensamiento? Descontadas honrosas excepciones, podemos decir que la hipocresía reina en el mundo: señora absoluta, impera y domina con despóticas ordenanzas. Hoy por hoy es una verdadera táctica social; es el recurso á que en último resultado se apela para sacrificar la buena fé, el amor y la bondad.

Tememos, hermanos nuestros, que no sea este hábito de fácil extirpacion, pero esperamos que al fin desaparecerá: tememos que el sufrimiento sea por largo tiempo vuestro compañero de viaje, pero esperamos que no será eterno: tememos que la muerte os sacuda todavía con su transformacion, no una vez, sino muchas, pero esperamos que en último término os libertareis de ella para remontaros á regiones en donde no se ha observado nunca su presencia y por lo mismo no se conocen sus efectos.

Si el temor fuera en vosotros lo que en nosotros es ¡cuán felices seríais! ¡qué de disgustos y sinsabores os evitaríais! ¡cuántas lágrimas economizaríais! Porque temeis y os desesperais, llegais á espantaros de vuestra misma sombra. Si en todo fuérais racionales, contemplaríais frente á frente las futuras desgracias; tomaríais vuestras medidas para precaverlas, y por fin lucharíais con fortuna contra el mal y su lógica consecuencia, la pena.

Procurad imitarnos y llegareis á ser lo que somos, á decir lo que decimos, á pensar lo que pensamos y hacer lo que hacemos sin preocupacion de ningun género.

El temor debe conducir al hombre á la esperanza, jamás al negro y desconsolador pesimismo.

Barcelona 8 Marzo 1882.—Médium P.

GRUPO DE LA PAZ.

SEGUNDA PARTE

DE LAS

IMPRESIONES DE UN ESPÍRITU.

XI.

Llegamos ya, despues de fatigosas jornadas, al término de nuestro camino. Este es el último capítulo que consagramos al relato de las «Impresiones de un Espíritu.» Y con ser el último, puede considerarse como el más agradable, porque en él se os mostrará libre, independiente, lleno de gozo, radiante de alegría el Espíritu que hasta ahora solo entreviérais entre las densas nieblas de una penosa perturbacion.

Nada de estados de perturbacion, nada de vaguedades; el Espíritu vé porque ha recobrado toda su potencia visual, siente porque se halla en posesion completa de sí mismo, conoce porque sus facultades libremente funcionan, porque sus medios de accion de una vida segura y normal disfrutan.

Si vé, si conoce, si siente, ¿cómo no alegrarse con aquel júbilo intenso, íntimo, expresion de un desconocido bienestar? El Espíritu que se reconoce inmortal, presiente los magníficos destinos que la Providencia le reserva, columbra desde su inferioridad los lugares y mansiones que andando el tiempo y por su virtud y su trabajo habitará; descubre en velado porvenir los signos de una felicidad eterna y entrevé á través de las miserias que le rodean, de las concupiscencias que alientan en él, de las debilidades que tantos sufrimientos le cuestan, un amor, una virtud y una fortaleza que nada ni nadie podrá ni osará quebrantar.

La sola revelacion de su inmortalidad le pone en camino de obtener una série de revelaciones. El conocimiento de su vida real, positiva, única verdadera, le hace presentir su destino, su fin, desarrolla en él una fuerza y una actividad desconocida, le sirve de estímulo para volver á emprender su penosa peregrinacion á través del dolor.

Al viajero que despues de una larga marcha por árido desierto, sudoroso, lleno de polvo, fatigado, columbra á lo lejos el apacible oasis, puede compararse el Espíritu cuando se reconoce inmortal. No es tan grata la satisfaccion que experimenta el caminante cuando aplica sus labios abrasados al trasparente arroyo, como la del Espíritu cuando se vé y se contempla vivo y por añadidura inmortal, despues de haber pasado por el sepulcro: la sombra de los árboles, el suave céfiro que riza las aguas y mece muellemente las altas yerbas, no producen en el caminante fatigado una sensacion de bienestar tan agradable como la que el Espíritu experimenta cuando puede dirigir su mirada á los objetos que le cercan, á los amigos cariñosos que le trañan con el amor de hermano, á los as-

tros que brillan en la inmensidad, á esa tierra que gira y corre con una velocidad prodigiosa.

Los elementos que constituyen el estado de lucidez son: perfecta conciencia de la personalidad; noción clara de la vida que se ha abandonado y de la vida en que acaba de penetrar; ejercicio normal y seguro de todas las facultades, cada una dentro del grado máximo que en su desarrollo ha alcanzado.

Ajustados los actos, como forzosamente han de serlo, á las ideas y al estado en que el Espíritu se ha constituido; la vida, tejido de actos, expresion completa del modo de ser y pensar de los Espíritus, ha de reflejar este estado, este modo de ser. De la misma manera que la vida engendrada por el estado de vaguedad tiene sus caractéres propios y exclusivos, la vida nacida del estado de lucidez ha de presentar tambien los suyos.

En efecto, el Espíritu obra segun su estado, condiciones, modo de ser.

Cuando sale de la perturbacion reina en la vida la confusion de la mente; manifiesta en sus actos y sus decisiones la fascinacion extraña que en su interior domina; presenta en sus movimientos instintivos un aspecto tan solo de su complexa naturaleza, el primer desenvolvimiento de su renacimiento. Los caractéres, pues, de esta vida parcial, son cierta extraña manía de considerar, todo lo que puede descubrir, al través del prisma engañoso del recuerdo, cuya manía, efecto es del predominio exclusivo de la facultad memoria, primera que despierta del letargo perturbador. La confusion, la incoherencia, son otros dos caractéres que ofrece su vida, expresion fiel de la confusion y de la incoherencia que reina en él. Solo una facultad goza de vida, pues esta facultad es la única que puede manifestarse en sus actos y en sus palabras. El carácter general, pues, del estado de vaguedad, es la vida exclusiva de la memoria. Los caractéres particulares que dependen del general, son: incoherencia y confusion.

El Espíritu obra, pues, con arreglo á su estado. Cuando el estado en que vive es estado de vaguedad, solo vaguedad manifiesta. Lo mismo sucede con el estado de lucidez.

Suponedle en posesion de todos sus modos de accion y relacion; concebido con todas sus facultades lúcidas, funcionando con normalidad, con la conciencia perfecta de su personalidad, con el claro conocimiento de la transformacion que ha sufrido; suponedlo, concebido tal cual es en su estado lúcido y no podreis menos que exclamar: «Siendo la vida expresion del modo de ser, la vida que el Espíritu manifiesta, los actos que ejecuta, las palabras que emplea, los movimientos que verifique, han de reflejar viva y fielmente su estado de lucidez, han de ser lúcidos como es su estado; pues así como de conciencias perturbadas no pueden surgir ideas claras de ciertas relaciones, y de memorias débiles no pueden esperarse recuerdos prontos y sostenidos, así, lúcido pensamiento no puede producir ideas confusas, ni palabras incoherentes, ni perturbaciones en

ningun sentido.» Los caracteres que ofrecen los Espíritus cuando al relacionarse con vosotros os manifiestan su vida, pues que no pueden existir relaciones sin que en ellos se refleje algo de la vida particular de cada sér, os descubrirán su estado verdadero. El conocimiento del estado en que se encuentra el Espiritu es el camino que ha de conducir al conocimiento claro de sus transformaciones.

Aplicad á estos fenómenos el método inductivo y vereis como van surgiendo una tras otra las explicaciones de hechos hasta ahora inexplicables.

¿Cuáles son pues los caracteres que presenta la vida espírita suponiendo ha alcanzado el sér su lucidez?

Acudid al fondo de reserva de vuestras experiencias diarias para responder á esta pregunta.

Todos sabeis que hay Espíritus, y en este momento lo estamos acreditando, en plena posesion de sus facultades, que os manifiestan completa lucidez en sus raciocinios, vigor en sus conceptos, mas ó menos originalidad en sus apreciaciones.

Pues bien, dados estos antecedentes innegables ¿qué consecuencias pueden deducirse de ellos?

El Espíritu que manifiesta lucidez en sus raciocinios, debe estar en posesion completa de su razon, pues si no lo estuviera solo confusion ofrecería; el Espíritu que manifiesta completa conciencia acerca de su estado, de su vida presente y recuerda con claridad y precision su vida pasada, revela el regular ejercicio de todas sus facultades.

Basta anunciar tales hechos para que podais penetrar su evidencia. Comprobadlos vosotros. Nosotros solo los hacemos constar.

Estos hechos os ponen en camino de averiguar cuáles son estos caracteres. Espongámoslos pues.

Barcelona.—Médium P.

(Continuará.)

Memoria necrológica.

A KARDEC.

(Conclusion.)

Desde el punto de vista expuesto, positivismo y materialismo se confunden. Eliminando á Dios se proclaman atheos. Sobre ambos pues recae la misma acusacion; á las dos escuelas comprendemos en el mismo calificativo. En la grave cuestion de la existencia y personalidad de Dios, los positivistas son materialistas, llegan á idénticos resultados por los mismos caminos, incurren en un lamentable y funesto *a priorismo*.

Pero descendamos. ¿Cómo se conducen los positivistas en el problema vital del alma y en las cuestiones á él anejas? ¿hay razon justa y lejítima para confundirlos con los materialistas? Opinamos que sí y estamos convencidos de que vistas las pruebas que alegaremos en favor de nuestra opinion, se declararán por ella todos los que consagren su atencion á la lectura de estas páginas.

Un autorizado escritor y sábio, ha reasumido las declaraciones y tendencias de la filosofía positivista sobre la palpitante cuestion que ahora tratamos, en los siguientes términos: «El positivismo ha cuidado con preferencia de dirigir sus asaltos á las ciencias biológicas. Comprende y estima, no sin razon, que quien posee el concepto positivo del hombre, poseerá el concepto positivo del mundo. La filosofía positiva, se ha hecho, pues, biológica y médica. Todas las cuestiones que se refieren al sér viviente en toda su extension, son objeto de sus pesquisas...

»Por esto la expresion mas característica de este esfuerzo filosófico, se halla en una obra, que no por ser personal, deja de reasumir admirablemente los principios de esta escuela. Nos referimos al célebre Diccionario de medicina de M.M. Littré y Robin. Acumúlanse en esta obra toda la série de sofismas que inventó el sensualismo para uso particular de sus teorías....

»No es posible sustraerse á un sentimiento de rubor y de amargura, cuando se contemplan viviendo como refugiadas entre nosotros, más aún, aceptadas por sábios de incontestable autoridad, preocupaciones ridículas que hace mucho tiempo debieran haberse arrojado de todo pensamiento esclarecido, de toda razon desarrollada por medio de la ciencia y de la observacion.

»¿Qué son para esta filosofía, el alma y el espíritu, el pensamiento y la idea? Meras dependencias de la biología.

»El Alma, nos dicen, anatómicamente considerada, expresa el conjunto de las facultades del cérebro y de la médula espinal, y fisiológicamente el conjunto de las funciones de la sensibilidad encefálica. M.M. Littré y Robin aseguran que debe darse *exclusivamente* el nombre de alma, al conjunto de facultades del sistema nervioso central en su totalidad. Por consiguiente, el espíritu puede definirse fisiológicamente, la propiedad que tiene el cerebro de conocer lo verdadero y lo falso. La idea, es el resultado expresado ó no, del modo de actividad propia de cada parte del cerebro. La palabra pensamiento tomada como sustantivo del verbo pensar, designa la actividad general de todas las partes del cerebro puestas en juego cuando se prosigue una idea simple, es decir, el resultado que puede proporcionar la accion de una sola parte cerebral, ó compuesto, esto es, el resultado comun de la accion de muchas partes.» (1)

De esta manera explica y reasume el digno M. Chauffard la teoría positivista del alma, que en el Diccionario de medicina sustentan Littré y Robin. Si el cor-

(1) Mr. Chauffard. Leccion inaugural de un curso de patología general.

to espacio de que podemos disponer, no limitara nuestro buen deseo, podríamos permitirnos la satisfaccion de continuar íntegra toda la parte de su discurso, que aquel honorable sábio dedica al exámen del positivismo. Empero no nos es dado extendernos y por este motivo no hemos extractado mas que aquellos conceptos capitales que pudieran dar una idea clara, general, de lo que piensa sobre el alma la filosofía positiva.

La brillante y sintética exposicion que M. Chauffard hace de esta filosofía, es rigurosamente verdadera. A demostrarlo tienden las citas que á continuacion pasamos á exponer.

Hebert-Spenzer, positivista inglés, que goza de merecida fama en el mundo científico, dice á propósito de la cuestion que ahora tratamos: «Lo que llamamos cantidad de conciencia, está determinado por los elementos constitutivos de la sangre. Una prueba de que la produccion de las fuerzas mentales depende directamente de los cambios químicos, la hallamos en que los productos sobrantes que los riñones separan de la sangre, cambian de carácter segun el trabajo cerebral.» (1)

Esta declaracion importantísima y trascendental por la autoridad que tiene Spenzer, armoniza con la que hacen los autores del Diccionario de medicina, sin que exista la mas ligera discrepancia de calidad entre una y otra.

De estas declaraciones un tanto categóricas, se deduce, que para la filosofía positiva, no existe otra cosa que la materia con todos sus modos infinitos de combinacion y organizacion, lo cual, sea dicho de paso, entraña un principio fundamental tan poco sólido como lo es el del materialismo. Declarar que no se conoce otra cosa que la materia y encontrarse frente de esta sin poder dar su concepto, como si fuese el ente mas abstracto; fundar una teoría sobre una incognoscible realidad; es sustituir á los entes metafísicos con otros entes no menos misteriosos, tanto vale como expulsar del panteon á los antiguos dioses para entronizar otros dioses nuevos.

Además, si al perseguir el conocimiento de la materia se quiere penetrar hasta su unidad fundamental, se tropieza con obstáculos insuperables, pues ó bien se admite la divisibilidad indefinida, y entonces el materialismo se aproxima al idealismo, trasformacion que graves autores profetizan, (2) ó bien se admite una unidad fundamental, el átomo invisible, insensible, incognoscible para nuestros sentidos, invencion de nuestra fantasía, entidad que nuestra razon acepta por la necesidad imperiosa de comprender en una vasta unidad los cuadros cambiantes y movibles de las formas y de los fenómenos.

No podíamos escusarnos de estas breves consideraciones tratándose del posi-

(1) Spenzer. Primeros principios, 282.

(2) Paul Janet. El Materialismo contemporáneo.

tivismo y del materialismo, para que se viera hasta donde llega la solidez de los cimientos en que apoyan todo el edificio de sus teorías.

Y decimos los materialistas y positivistas porque en varios extremos conforman ambas escuelas, lo cual se colige de las declaraciones extractadas, menos precisas todavía, que las que ahora continuaremos.

En efecto, en el primer número de la «Revue de Philosophie positive» que dirige Littré y Wyrouboff, se dice que, «la filosofía positiva solo conoce la materia y las propiedades de esta y que la sola sustancia capaz de pensar, es la materia nerviosa.» (1)

Todas las facultades espirituales se convierten para esta escuela en propiedades materiales así: «La voluntad es inherente á la sustancia cerebral, como la contractilidad lo es á los músculos; el libre albedrío no es otra cosa que una fase de la actividad cerebral.» (2) «La conciencia es un mecanismo muy sencillo que desarma el análisis como un resorte.» «Los actos humanos son productos fatales de la sustancia cerebral; el vicio y la virtud, son productos como el vitriolo y el azúcar.» (3) Para Jules Soury, la conciencia no es más que «una resultante, es como el desarrollo de fuerzas nerviosas acumuladas en silencio y lentamente. La conciencia, continua, nada sabe de las condiciones orgánicas que la producen.»

Esta multitud de declaraciones, que hemos extractado, nos demuestra á lo sumo hasta qué punto el positivismo considera el alma como materia; de qué manera cumplen su mision estos filósofos y hasta qué extremos son consecuentes con los principios de su crítica.

Suponer, como suponen, que la sola sustancia capaz de pensar es la materia nerviosa, sin que todavía á ciencia fija y de una manera positiva, indudable, conozcan esta materia, no es abdicar de la hipótesis, sino trasladarla á otro terreno tan movedizo como el de la psicología antigua. Afirmar que la conciencia y la voluntad, y el libre albedrío, son producidos por condiciones orgánicas determinadas, tanto vale como asegurar que cesando estas condiciones con la muerte, cesan tambien las facultades que en ellas tienen su origen. Y constituyendo estas facultades el espíritu, desapareciendo ellas con la muerte, desaparece ese tambien.

El positivista, mientras de las regiones de la teoría no se aleja, en tanto le es dado contemplar y adorar su método, como se adora y contempla una divinidad, se conserva puro positivista; pero desde el momento que descende á la aplicacion, las inconsecuencias aparecen, las contradicciones estallan, y resbalon tras resbalon vá á caer por fin con todas sus pretensiones en el grosero y

(1) Julio y Agosto de 1867, pág. 21 y 27.

(2) Littré, Diccionario de Nisten art. Volonté.

(3) Taine, Philosophes françaises.

anticientífico materialismo. Atheas son las dos teorías; ambas incurriendo en lesa á priorismo rechazan la inmortalidad.

No queremos extendernos en exponer con textos auténticos y originales, la teoría materialista; primero porque es conocida de todos y segundo porque nos falta espacio donde continuar las citas que de diversos autores venimos haciendo.

Basta afirmar que la escuela materialista alemana de Buchner y Moleschot, piensa en las cuestiones concretas de Dios y del alma como los positivistas. La coalición de ambas tendencias, ó mejor de las dos teorías, dá una fuerza excesiva hoy á sus doctrinas.

Materialistas y positivistas pues, consideran el alma como entidad química; inteligencia, voluntad, virtud, son resultado de ciertas condiciones orgánicas, fases de la actividad cerebral, productos de la materia nerviosa.

De lo cual se deduce, que si dependen las facultades espirituales del hombre, de ciertas condiciones orgánicas, la muerte, que destruye estas condiciones, ha de disolver aquellas facultades y con ellas el sér, convirtiéndolo en átomos dispersos sin inteligencia, sin conciencia y sin voluntad. No existe otra inmortalidad que la del átomo; la del espíritu es un prejuicio, un error de la vieja psicología. De la muerte no se salva mas que la materia. Hé ahí reducida á su mas simple expresion la teoría materialista sobre el alma.

Ahora bien, dadas estas premisas, ¿qué sentimiento ha de despertar ó producir en el materialista, la muerte de un sér querido, quizás idolatrado? Creencias negativas no pueden producir mas que sentimientos negativos. Así es, que negando el materialista la inmortalidad del alma se desesperará cuando la muerte devore sus afectos más caros, más entrañables, más profundos. La desesperacion, por ser un sentimiento negativo, solo puede surgir de creencias negativas. ¡Tan estéril es el materialismo, que solo alcanza á producir tristeza y desesperacion! ¿Cómo podrá consolarse quien no dispone de consuelos? ¿qué promesa podrá atenuar el rudo golpe que la muerte ha dado á sus afecciones? ¿cuál será la esperanza que en la suprema crisis del corazon venga en auxilio del materialista? Pues si no hay consuelo porque no existe esperanza, ¿qué sentimientos surgirán en lugar suyo? Sentimientos afines á las ideas que profesan, á las creencias que sustentan. Siendo las ideas y las creencias negativas, negativos serán los sentimientos, pues las premisas las sienta la inteligencia y las consecuencias las saca el corazon.

Un materialista que quiera, que idolatre á sus hijos, ¿cómo ha de recibir la muerte de uno de ellos? A los materialistas de corazon está reservado en castigo de su poca fé, la aplicacion de las diversas, de las infinitas penas que contiene el dolor moral. Todas las torturas de la desesperacion, las amarguras de una

tristeza incurable, las emociones lacerantes de una profunda aflicción, son los frutos que produce en un buen corazón la idea materialista.

¿Qué beneficio práctico, que utilidad reporta el hombre de una doctrina que cierra la puerta á toda esperanza y le niega con una frialdad cruel todo consuelo? En los trances mas rudos de la vida, en los momentos mas críticos de esta dolorosa existencia, ¿cómo desempeña su misión la teoría materialista? ¿Qué mal remedia? ¿qué aflicción suaviza? ¿cuál es la pena que atenúa? ¿cuál el dolor que extingue? Podrá haber verdad en la teoría materialista, pero de seguro no hay caridad; podrá haber compasión, ¿pero en dónde está el consuelo?

Mientras el hombre conserve sus afecciones, mientras la mujer sus sentimientos cuide, mientras uno y otro velen el fuego sagrado que en la preciosa urna del corazón arde, la teoría materialista no prevalecerá sobre la tierra. La esperanza dá vida al hombre; si desaparece este factor importante de la humana existencia se extinguirá la vida. Vivir sin esperanza ¿no equivale á morir?

La teoría materialista está juzgada y condenada, desde el momento que se consideren bien los efectos que causa ó que debe causar. Solo el egoísta puede vivir siendo materialista. Al egoísmo aprovechan en último resultado los principios de la escuela crítica.

En la lucha por la existencia que proclaman como ley sociológica los filósofos positivistas, debe procurar el hombre para alcanzar victoria elementos de vida. Uno de ellos es la esperanza. La teoría ó la doctrina que le arranque al hombre este derecho le despoja de un atributo inherente á su racionalidad, colocándole en condiciones pésimas para alcanzar el triunfo.

El hombre debe ser, pues, espiritualista, porque el espiritualismo lleva consigo la esperanza y de la esperanza surge el consuelo de las grandes amarguras y de las profundas aflicciones.

Pero ¿cómo concibe la muerte el espiritualismo? ¿Qué solución dá, ó mejor, que teoría expone del alma?

Esto es lo que vamos á examinar.

II.

Para no dar una latitud desmedida á este trabajo elegiremos entre las diversas doctrinas espiritualistas, una que nos pueda servir como tipo fundamental por ser el resultado mas completo que en esta dirección haya alcanzado el pensamiento filosófico. De esta manera hemos procedido cuando las teorías negativas hemos examinado. Este es pues el procedimiento que debemos adoptar cuando vamos á esponder las teorías afirmativas.

¿A qué hablar en esta ocasión de soluciones espiritualistas que no representan legítimamente la última evolución del pensamiento? ¿Para qué ocuparnos de doctrinas estrechas inspiradas en circunstancias históricas ó fomentadas por in-

tereses de secta pasajeros y mudables? ¿De qué nos serviría examinar aquellos dogmatismos que mientras abren á unos las puertas de la gloria celeste y de la eterna felicidad condenan á otros á los tormentos eternos? ¿No siembran tales doctrinas la incertidumbre y la vacilacion en todos los corazones? ¿no matan en realidad la esperanza por mas que finjan darle vida? ¿Y es esta la espresion mas genuina, la representacion mas legitima del pensamiento espiritualista? No, no lo es; porque la investigacion ha abierto nuevos cauces al pensamiento y por ellos se precipita alejándose cada vez mas de los antiguos derroteros que trazaron las vetustas religiones positivas. Este espiritualismo estrecho y mezquino que se trasluce en algunas teorías religiosas, ahoga la esperanza en lugar de vivificarla, y sustituye en el corazon los sentimientos esencialmente humanos, por sentimientos extraños á la humanidad. ¿No pueden calificarse tales doctrinas de desastrosas? Las soluciones que aportan á la inmortalidad y destinos del alma, ¿no son bárbaras ó mezquinas? Una doctrina desastrosa, una doctrina que soluciones tan bárbaras sustenta, no es, no puede ser la representante legitima de la filosofía espiritualista.

Abandonemos pues estas doctrinas con sus obligadas soluciones y trasladémonos á otro terreno mas sólido, mas saludable para el espíritu, mas espacioso para el pensamiento.

Refrámonos á aquel espiritualismo que por su linaje es noble; por los sentimientos que despierta, expansivo; generoso y simpático por las ideas que entraña; aquel espiritualismo que vé en la indefinida aspiracion la garantía de la promesa divina.

Tiene hoy este espiritualismo la denominacion de Espiritismo; en otros tiempos se le conoció con la de Cristianismo; en lo porvenir quizás, y sin quizás tambien, alcanzará títulos suficientes para poder ostentar los calificativos de Catolicismo, filosofía católica ó religion y filosofía universal.

Hé ahí cual es la doctrina que adoptamos por tipo de todas las creencias afirmativas. Ninguna á nuestro entender hace declaraciones tan categóricas, tan precisas, tan sensatas como las que se hacen y sostienen en la doctrina espiritista. Estos son los motivos que nos la hacen considerar como la última evolucion de la filosofía espiritualista, como el tipo mas perfecto de las doctrinas hoy existentes.

Entrando ya en el fondo de la cuestion preguntémosnos: ¿De qué manera aprecia la muerte la doctrina espiritista?

Si consultamos libros que en manos de todos andan y la atencion y actividad de muchos ocupan, que son expresion fiel y completa de la teoría y doctrina espiritista, el concepto de la muerte que tal doctrina dá, se nos aparecerá claro, concreto, categórico, sin nebulosidades que lo oscurezcan, ni vaguedades que le hagan perder su precision. No vamos á extraer de estos libros párra-

fos enteros con el objeto de esponer tal concepto: estimamos mas oportuno y hasta mas útil condensar brevemente las declaraciones que hace el Espiritismo sobre la importante y gravísima cuestion que nos ocupa.

El carácter especialísimo que reviste el Espiritismo y que le distingue de todas las demás teorías espiritualistas, dimana precisamente de afirmar no solo que en el hombre existe un principio inmortal, inteligente y libre, sino además que este principio se manifiesta despues de la muerte á los humanos con una energía sorprendente, con una admirable libertad de accion.

Dicho se está que proclamando el Espiritismo la mütua y constante relacion entre espíritus y almas, admite como principio demostrable por los hechos la inmortalidad del sér inteligente, activo y libre.

Dados estos antecedentes ¿no puede colegirse acaso, cuál es el concepto que de la muerte dan las doctrinas espiritistas?

Expongámoslo, sin embargo:

Para el Espiritismo la muerte es una funcion de naturaleza, como el nacimiento, que á manera de poder regulador interviene para mantener el equilibrio entre las fuerzas productivas del planeta y las especies que de ellas viven y por ellas se sostienen. A sus golpes solo caen las formas, su accion demoledora únicamente alcanza á descomponer los organismos, pero la esencia que en ellos se oculta como perfume en deleznable vaso, sube al cielo y conquista la inmortalidad.

Para el Espiritismo, la muerte, léjos de ser inflexible enemiga del hombre, es su constante y cariñosa amiga, que en sus brazos le toma, en su seno le adormece y reanima sus fuerzas por medio de un sueño dulce y tranquilo. Límite de todo dolor físico, oblíganos ella á dejar en el sepulcro los despojos tristes de nuestras rotas vestiduras, fuérzanos con incontrastable empuje á abandonar el instrumento de todos nuestros sufrimientos, la causa de nuestras desventuras y la condicion determinante de nuestras más graves faltas. No consideramos al sepulcro como el abismo que traga incesantemente nuestros dolores con nuestra vida y nuestro sér, sino el surco en donde naturaleza previsora echa la semilla de la inmortalidad.

No se fijan las doctrinas espiritistas en el cuerpo que se descompone, sino en el espíritu que se emancipa; llama su atencion, el triunfo de la inmortalidad, no la victoria ni los trofeos de la muerte. Trás los efectos aparentes vislumbra los efectos reales; al través del sepulcro entrevé al sér que se levanta cual nuevo Lázaro para remontarse á su celeste pátria. Contempla la regeneracion por el prisma de la destruccion. Lo creado, dice, no paga tributo á la nada; lo que es algo no puede reducirse á nada; el algo ha de ser más. El sér pues, debe subsistir y triunfar con su unidad y personalidad, no solo de una muerte, sino de to-

das las muertes conjuradas. Si algun tributo paga lo creado, débelo y satisfácelo á la inmortalidad.

¿Qué efectos, pues, produce la muerte en el espíritu? Líbrale del cuerpo y por tanto le dá mayor libertad de accion, le hace mas independiente, le coloca en mejores condiciones.

Para el espiritista, muerte que naturalmente viene y no que voluntariamente se produce, significa movimiento, progreso, evolucion hácia lo mejor ó mas perfecto; vida que se extingue, es cuerpo que se pierde, vestidura que se rompe, nudo que se desata, regeneracion que alborea, dolores físicos que terminan y esperanzas que se anuncian como celestiales mensajes. Morir, equivale á progresar ó regenerarse. La muerte, es el camino único para llegar al conocimiento de lo más hermoso, de lo más justo y de lo más verdadero.

Si tales son los efectos que la muerte produce, lícito y permitido nos es exclamar: ¡sea ella mil veces bendita, pues tantos beneficios reporta al sér, de tantos sufrimientos le libra, de tantas ocasiones de errar le priva! ¡sea mil veces bendita, pues tales goces le depara, por caminos tan rectos le conduce y hácia fines tan santos le dirige! ¿Cómo no bendecirla y alabarla si es una institucion de Dios y por tanto infinitamente sábia, infinitamente buena?

Hoy que gracias al Espiritismo reconocemos el verdadero carácter de la muerte, abandonando las añejas preocupaciones que de tan repugnante manera nos la presentaban, y adquiriendo ideas claras, concretas y precisas sobre su verdadera mision, no podemos menos de alabarla y bendecirla como se alaba y bendice la bondad y la clemencia divina.

Tales son los principios que integran el concepto de la muerte segun el Espiritismo. Deduzcamos de este concepto las consecuencias que entraña. Planteemos la cuestion:

Ideas tan bellas, creencias tan santas, fé tan pura, ¿qué sentimientos despiertan, avivan y mantienen en el rebelde corazon humano? Esto es lo que ahora pasaremos á esponer brevemente.

Si creencias negativas engendran sentimientos negativos, creencias afirmativas han de producir sentimientos afirmativos tambien.

Afirmando el Espiritismo que la muerte, léjos de extinguir la vida, dá lugar á su más completa y bella manifestacion, no puede el espiritista sentirla como la siente el materialista, porque en ambos su apreciacion es distinta. Los sentimientos que determine su presencia han de diferir esencialmente no tan solo por su carácter, sino tambien por su naturaleza, cuando en las creencias espiritistas se inspiren, ó de doctrinas materialistas dimanen.

El materialismo en presencia de la muerte de un sér querido, de una entrañable afeccion, no dispone de consuelos que mitiguen el amargo dolor. ¿Se halla en las mismas condiciones el Espiritismo? No, que esta doctrina descansa en prin-

cipios afirmativos mas sólidos que los principios negativos en que se apoya el materialismo.

¿Qué sentimientos pues despierta la muerte de un sér querido en el corazon de un espiritista?

La fé que tanto cuida, prohíbele la desesperacion, la esperanza que es derecho que con tanta frecuencia ejercita cierrale el camino de la tristeza incurable; ni le es dable precipitarse en la amargura, ni es lógico que caiga en la mas profunda é inconsolable pena. Esto no quita sin embargo que sienta cierto pesar, pero tal sensacion de momento dolorosa, condúcele mas tarde á la esperanza, bajo cuyas alas cobija su corazon lastimado. La esperanza, es el primer efecto que la muerte de un sér querido produce en el espiritista; con la esperanza aparece el consuelo. El consuelo, es el remedio aplicado al mal, la curacion de una enfermedad que podria revestir carácter crónico; es algo positivo, fecundo en bienes, útil para la vida.

Tales sentimientos afirmativos bien claramente revelan el carácter afirmativo de las creencias. ¿No es saludable acaso para el hombre la fé que le consuela, cuando es presa de algun dolor moral? Las creencias que conduzcan al hombre por los caminos de la virtud á sentimientos buenos y útiles para la vida, son las mas beneficiosas, las mas saludables y sobre todo las mas prácticas. ¿Reviste ó nó el Espiritismo este carácter? Decidan esta cuestion los sentimientos que despierta en las agudas crisis porque atraviesa el corazon. Sér cobijado por la esperanza, jamás se desespera, porque no hay pesar que al consuelo eficaz resista, ni dolor moral que á la promesa garantida no ceda, ni amargura que no sucumba ante la porfía de una voluntad movida por santa y bienhechora fé.

El espiritista, á la muerte de un sér querido, opone su innegable inmortalidad; al pesar que le produce la ausencia, la esperanza de un encuentro próximo; á las amarguras indefinibles de la desaparicion, los consuelos inefables de su mejoramiento y de su progreso. ¿Quereis medios mas eficaces para combatir los sentimientos negativos? ¿podeis oponer á ellos otros sentimientos mas concretos y mas activos que los mencionados? Cuando una sensacion desagradable puede combatirse con un sentimiento placentero, cuando un mal positivo encuentra prontamente su remedio, ni debeis temer al mal ni dejaros arrebatarse por el dolor. Solo las creencias espiritistas pueden dotar al alma de esta resignacion, es decir, de esta fuerza pasiva que ostenta el espiritista en los momentos mas críticos de la vida.

Apesar de todo lo hasta aquí expuesto, no nos es dado negar que el espiritista sufre, cuando la muerte arrebatase de su lado alguno de los seres queridos; estamos convencidos de que siente su ausencia como es capaz de sentirla el alma mas sensible.

La verdad de los hechos nos obliga á hacer tal afirmacion: expliquémosla. Es-
piritista, no es sinónimo de sér angelical, de dechado de perfecciones; hombre
simplemente, alimenta todavía resabios de viciosa educacion, cualidades y pa-
siones que él posee como los demás. Así que, puede dejarse dominar por el
egoismo, cede ciertas veces á las tentaciones del amor propio que es causa de
sus pesares y ocasion de sus mayores amarguras. Fijémonos en la tendencia
egoista que puede manifestar y que en realidad manifiesta algunas veces. Aquí
está la explicacion de su pesar, cuando la muerte le arrebatara una de sus mas en-
trañables afecciones. Andamos tan hambrientos de felicidad que la buscamos, no
solo en el amor que profesamos, y en el deber que cumplimos, sino tambien y
mas principalmente, en las relaciones de amistad que sostenemos. Si la muerte
estas relaciones interrumpe, sentimos su aparicion con agudísimo sentimiento,
no por temor del porvenir que reserva al amigo idolatrado, sino por la privacion
que nos impone, por la interrupcion que sufren relaciones en las cuales cifrába-
mos gran parte de nuestra felicidad. Por manera que el pesar, á nuestro modo
de ver, obedece en estas ocasiones, á motivos puramente personales, á conside-
raciones más ó ménos egoistas.

Concretando, diremos: que las tendencias egoistas del hombre esplican el do-
lor que ante la muerte de un sér querido experimenta el espiritista. Pero este
dolor que en el materialista se prolonga indefinidamente, se extingue pronto en
el espiritista, porque sus creencias lo combaten, sus esperanzas lo suavizan y
por fin todos sus sentimientos tienden á extinguirlo: en el materialista, el descon-
suelo aumenta con la reflexion; en el espiritista, la esperanza trás el pesar surge,
atenuando el intenso dolor que la muerte ha producido. Mientras el hombre
permanece bajo el duro yugo del egoismo, subsiste el dolor; solo cesa este,
cuando logra emanciparse de aquel.

III.

Dados estos antecedentes, conocida la naturaleza de los sentimientos que en
un corazon sinceramente espiritista engendra la muerte de un amigo, ¿cuáles
son hoy los que debemos manifestar en presencia del acontecimiento que á todos
nos reúne? ¿Es el pesar cuando la reflexion ha tenido trece años para reponerse
de la primera y desagradable impresion que la muerte de Kardec produjo en to-
dos los espiritistas? ¿es la alegría cuando notamos el vacío que con su ausencia
ha dejado nuestro sincero amigo, nuestro leal y generoso consejero? ¿con plá-
cido semblante, ó con triste ademan debemos solemnizar su muerte?

Nuestras creencias nos dicen y los hechos cada dia nos atestiguan que Kar-
dec ha mejorado de condiciones recobrando la libertad de que se desposeyera al
nacer, volviendo á la pátria por la cual tanto suspiraba.

Si esto nos dicen nuestras creencias ¿por qué sentir la pérdida de Kardec, sa-

biendo como sabemos á mayor abundamiento que no es pérdida sino corta ausencia?

¿Cómo manifestar dolor? ¿Cómo permitir que el corazón se entristezca cuando nos fuerza nuestra fé á entonar el *hosanna* con todo el entusiasmo de un alma convencida?

Colocados en este punto de vista, la simple esperanza del *resurrexit* obra en nosotros una completa transformacion. Nuestro corazón inclinado al pesar se regocija con un júbilo íntimo y persistente. Si así no fuera ¿de qué nos serviría la creencia en la inmortalidad y en el progreso del alma? ¿Cómo el amigo que en estas cuestiones nos ha iniciado puede sufrir? Y si no sufre, antes bien goza, ¿á qué qué entristecemos?

Empero ¿cuál es la causa de esta angustia mortal que en el corazón penetra, por la inteligencia circula y todo nuestro espíritu conmueve? Apesar de la reflexión, apesar de nuestra consoladora creencia, apesar de nuestro justo y legítimo regocijo, una secreta pena hace vibrar nuestro sentimiento y arranca de sus sonoras cuerdas plañideras notas. ¿A qué viene tal fenómeno? ¿cómo conciliar tal contradicción? En definitiva ¿la muerte de Kardec nos produce pesar ó alegría?

Si la amistad y el sincero cariño que á la personalidad de nuestro iniciador profesamos, predomina en el corazón, con júbilo debemos recordar su muerte, porque por ella se ha librado de dolencias y sufrimientos, ha adquirido una mayor libertad de acción y se ha colocado en condiciones mejores que las que le rodeaban cuando se hallaba entre nosotros. Todas estas son ventajas positivas. El conjunto de tales ventajas, constituyen una suma mayor de felicidad, y por tanto un aumento considerable de bienestar.

¿Podemos dolernos de que un amigo haya mejorado? La amistad excluye la envidia. Si nos afligiéramos porque un amigo ha obtenido un beneficio de que nosotros no disfrutamos aun, ó ha alcanzado un grado más superior en la indefinida escala de la prosperidad, ¿no podría acusárenos de envidiosos? Léjos pues de nosotros tan mezquino sentimiento. Con júbilo sincero recordemos la muerte de Kardec porque Kardec fué nuestro amigo; porque el afecto respetuoso que nos inspira, nos obliga á regocijarnos por la felicidad que ha alcanzado.

De modo que si consultamos solamente la amistad que profesamos á la personalidad de Kardec, de júbilo salta nuestro corazón y los puros rayos de un gozo íntimo iluminan nuestro semblante.

No nos concretemos á este punto de vista exclusivo, busquemos la explicación de aquella angustia, de aquel secreto pesar que el recuerdo de su muerte produce en nuestro corazón. No todo es luz en este cuadro, también hay som-

bras; no es todo júbilo, no es todo regocijo, tambien hay tristeza en nuestro corazon.

¿De dónde proviene pues este pesar?

La responsabilidad inmensa que con su muerte ha caido sobre nosotros, la desproporcion que existe entre nuestras fuerzas y la magnitud de la empresa que ha quedado confiada á nuestros cuidados; las tristes consecuencias que produce la ausencia de su buen sentido, el vacío que ha creado su partida á nuestro alrededor, la falta de direccion y unidad, la carencia de aquella habilidad y aquel tacto con que sabia atraer á los más refractarios y mantener á los ménos firmes, todas estas circunstancias reunidas, bastan y sobran para hacernos lamentar su desaparicion.

¡Cuánta solicitud no requiere el movimiento extraordinario que Kardec con tanto cuidado dirigió! Y sin embargo ¡cuán poco lo vigilamos! ¡hasta qué extremo lo desatendemos! ¡qué circunspeccion, cuánta prudencia no se exige de nuestra conducta! ¡cuán escasos andamos de la una! ¡cuán pobres de la otra!

Sabemos hasta qué extremos lamentables puede conducir al movimiento espiritista una fantasía exaltada; conocemos á donde guia la maravillosidad; por esto tememos que la supersticion no se levante al fin de la jornada para aprisionar entre sus garras el inestimable tesoro de nuestras doctrinas. Esto sabemos, esto conocemos, esto tememos.

Si el prestigio y la justa autoridad de que Kardec gozaba, nos asistiera, lo emplearíamos en contener la corriente hoy inevitable de la maravillosidad y de la preocupacion. Si de su buen sentido estuviéramos dotados, si su prudencia poseyéramos, una y otra consagráramos á detener este movimiento que por el camino del ridículo guia á alguno de nuestros hermanos á los dominios del fanatismo, á las mansiones de la supersticion. Duras podrán parecer estas verdades, pero se nos hace necesario exponerlas para explicar y justificar esta amargura que la muerte de Kardec en nosotros ha dejado.

Mientras él vivió tuvo autoridad y prestigio para contener, en lo posible, esta impetuosa corriente, valiéndose para alcanzar tal fin de su observacion inalterable, de su crítica prudente, de la rectitud de su carácter y de la poderosa energía de su voluntad. Un consejo suyo, inspirado en su raro buen sentido, devolvía con la vista la luz, al que se sentia cegado por lo maravilloso. Invitaba con su ejemplo á resistir los torbellinos que en la fantasía se producian, á conservar la calma en los momentos mas críticos, á volver por los fueros de la verdad, defendiendo de los ataques de la supersticion á la nueva doctrina. Todo eso y mucho mas todavía realizó Kardec. ¡Cuánto no podíamos esperar aun de sus facultades!

Hoy que observamos agravacion en el mal, hoy que la corriente tiene mas fuerza, ¿á qué medios podemos apelar para oponernos á ella? ¿cómo comba-

tir ciertas extravagancias cuando no hemos adquirido la autoridad y el prestigio de que Kardec disfrutaba, gracias á su prudencia y á su sensatez reconocida? ¿Cómo corregir ciertos excesos de celo si nada ni nadie nos otorga poderes de correccion? A este torbellino con que la fantasía, la preocupacion y la ignorancia coaligadas pretenden envolver nuestras doctrinas ¿de qué manera oponernos?

Nos sentimos débiles, por esto lamentamos la ausencia del fuerte. Tal es el motivo, tal es la explicacion de la amargura que en el dia de hoy se trasluce en nuestras palabras, del pesar que en esta memoria, y en todas las memorias necrológicas dedicadas á Kardec, manifestamos.

La ausencia del amigo nos produce alegría, pero la ausencia del propagandista incansable nos entristece: celebramos la felicidad del amigo con muestras de júbilo, solemnizamos la partida del propagandista con señales de duelo: tenemos fé en el porvenir de Kardec; nuestra esperanza sufre quebranto cuando consideramos el destino que ciertas exageraciones reservan á la doctrina. Si proseguimos por el camino á que nos empuja la fantasía, nada esperamos de los hombres, todo lo esperamos de la Providencia.

Hé ahí los motivos porque nuestros sentimientos revisten en dia como el de hoy un carácter complejo. Por una parte júbilo, por otra pesar; por una parte cierto optimismo que nuestras creencias autorizan; por otra cierto pesimismo que se inspira en la observacion de los hechos.

En este aniversario venimos obligados á descubrir nuestro corazon mostrando los sentimientos que en él palpitan, sin ocultar la alegría por respeto á conveniencias sociales, ni el pesar por el temor á las consecuencias que pueda producir. La verdad y solo la verdad, debe inspirar estas memorias necrológicas.

Haríamos aquí punto final sino debiéramos exponer breves consideraciones que estimamos complemento de este humilde trabajo.

Dia como el de hoy es el mas oportuno, para hacer un llamamiento supremo á todos los que creen lo que nosotros creemos y sientan lo que nosotros sentimos y están prontos á practicar lo que nosotros procuramos poner en práctica.

Si hay divergencia en la manera de apreciar ciertas cuestiones, si hay verdadera disconformidad de criterio en lo accidental, en cambio lo esencial nos une á todos con lazos indisolubles.

Asociados por virtud de nuestra comunidad de ideas y sentimientos, debemos traducir á la vida social, esta unidad, en actos semejanter, debemos constituir para todos los casos una severa línea de conducta.

Esta línea de conducta es la que ha de manifestar nuestra unidad de pensamientos y de sentimientos.

No basta que se diga soy espiritista; es necesario además que tengamos la calma, la prudencia suficiente, para acreditar que en nuestra propaganda, obrando todos de una misma manera obramos en conformidad con nuestras creencias.

¿No se dirá acaso que nuestra unidad es mas artificial y ficticia que natural y real, si mientras unos con tino y mesura proceden, otros por el camino de las mayores extravagancias se lanzan? No perdamos la calma, no nos dejemos dominar por la fantasía; devolvamos al buen sentido el poder que le ha usurpado la maravillosidad.

Sea una nuestra conducta.

¿Dónde está el peligro que debemos conjurar? En la fantasía. ¿Cuál es el enemigo que debemos temer? La supersticion. ¿De qué medios podemos echar mano para combatir la excesiva influencia de la fantasía? Sensatez y prudencia. ¿Cuáles los resortes que debemos poner en juego para resistir los asaltos de la supersticion? La prudencia y la sensatez. Aconsejémonos pues en estos dos mentores, escuchémoslos con atencion y respetemos sus autorizadas advertencias.

Por fin hemos llegado al término de nuestra escursión: la fatigada atencion de nuestros lectores, nuestra pluma ya cansada de tanto correr, nuestra mente que anhela el reposo, nos inducen al descanso.

Hemos cumplido aunque no de la manera cabal que apetecíamos, el agradable deber que nos impuso la solemnidad del dia.

Siendo nuestra intencion una, y otras nuestras fuerzas y nuestra posibilidad intelectual, rogamos á Kardec, que sin duda nos oye y nos vé, mire antes la intencion que la manera de realizarla.

Si de nuestra voluntad dependiera, algo útil hubiéramos verificado en este dia en beneficio de la doctrina, pero nuestro deseo vá por un camino y nuestras fuerzas corren por otro mas accidentado.

De todas maneras, bueno ó malo, ofrecemos este trabajo tal cual es, á la memoria de Kardec. Vea en él nuestro maestro el sentimiento que lo ha inspirado, la saludable intencion que lo anima.

ATAX.

La libertad de conciencia.

En *El Porvenir* leemos lo siguiente, tomado de *La Correspondencia Autógrafa*, de París:

«Es curiosa la coincidencia de los efectos del principio de la libertad de conciencia ó de religion, que surgen en las dos primeras naciones que lo han establecido.

La desconsagracion ó laicacion del juramento, que de ambas maneras se denomina, aparece á la vez en Inglaterra y en Francia. El efecto es perfectamente lógico; pero el ateismo ó el racionalismo y hasta el espiritismo, ¿no podrian entrar en las asambleas populares, donde se sientan los hebreos, los moravos, los cuáqueros y los separatistas, como en Inglaterra? Si los profesores Hebert,

Spencer y Tyndall se presentáran como Bradlaugh ante la mesa de la Cámara de los Comunes, ¿qué libro sacro les presentarian para que jurasen en el nombre de Dios, que desconocen en sus profundos estudios sobre la naturaleza?

La cuestion se encuentra entre dos extremos: profanacion ó secularizacion del juramento. Tambien esta es una cuestion grave.»

Es natural que con la libertad religiosa aparezca, en las naciones donde se establece este incontrovertible principio democrático, aparezca la laicacion del juramento, y es natural tambien que en las asambleas populares entren los ateos, los racionalistas y espiritistas, que tienen la noción religiosa conforme á sus creencias y profesan los principios de la moral universal como regla suprema de la vida, garantía mas que suficiente respecto al juramento, y de acierto en la solucion de los problemas sociales.

No vemos, pues, la gravedad de la cuestion, si se resuelve con arreglo al criterio democrático. Al hombre honrado bástale jurar por su honor ó su conciencia, juramento mucho más eficaz que el prestado á nombre de una religion que no se profesa ó admitir reservas mentales que hagan ilusoria la palabra empeñada.

Por lo demás, el ateismo, el racionalismo y el espiritismo, de hecho y de derecho, tienen entrada en las asambleas populares, porque en ellas ha habido y hay partidarios de esas ideas, y la ley no les prohíbe tener la representacion del pueblo que les elige.

¿Quién no recuerda, sin referirnos mas que á las Cortes españolas, quién no recuerda en la Asamblea republicana del 73 al ateo Suñer y Capdevila, á los ilustres racionalistas que en ella tomaron asiento, y á la fraccion de espiritistas que presentó la proposicion pidiendo que en las universidades se sustituyese la enseñanza de la Metafísica por la del Espiritismo?

Pero planteada la cuestion entre los dos extremos, profanacion ó secularizacion del juramento, no puede ofrecer duda para resolverse en este último sentido, dentro del principio democrático de la libertad de conciencia.

VIZCONDE DE TORRES SOLANOT.

¡Nada hay lleno ni vacío!

EXTREMOS.

—
¡Cuánta agua en el mar inmenso!
¡cuántos movibles abismos!
¡cómo las olas se empujan
en revuelto torbellino!

Y entre tanto que tanta agua
sobra en el mar sin motivo,
por el cauce casi seco
se desliza exhausto el rio;
porque en este pobre mundo
nunca existe lo preciso;

¡todo demasiado lleno
ó demasiado vacío!

O hay fuertes inundaciones
ó mueren de sed los trigos;
aire de fuego en verano
ó en invierno intenso frío;
la víctima ó el verdugo,
anarquía ó despotismo;
si los pobres mueren de hambre,
mueren de hartura los ricos;
porque en este pobre mundo
nunca existe lo preciso;
¡todo demasiado lleno
ó demasiado vacío!

—
¿Porqué el mundo que es tan bello,
que tiene tanto atractivo,
y esos días tan hermosos,
y ese sol con tanto brillo,
¿por qué encierra tantas penas
y oculta tantos martirios?
¿Por qué siempre lo aparente
de lo cierto es tan distinto?
Ay! en este pobre mundo
nunca existe lo preciso;
¡todo demasiado lleno
ó demasiado vacío!

J. Martí Folguera.

Esto dice uno de nuestros mejores poetas, y nosotros le contestamos que en este mundo *¡nada hay lleno ni vacío!* por más que á la simple vista parezca lo contrario de cuanto afirmamos.

Nosotros también, antes de conocer el Espiritismo, encontrábamos en el mundo una completa desarmonía, y nos creíamos víctimas de una ciega fatalidad que arrojaba en nuestro camino todas las zarzas espinosas que hay en la tierra; y decíamos como el distinguido vate reusense:

«¡Todo demasiado lleno
ó demasiado vacío!»

¡Para unos la riqueza, la hermosura, las virtudes, el amor que es la felicidad
¡Para otros la miseria, la fealdad, los vicios, la soledad que es el dolor!
¡Y todos dicen que somos hijos de un mismo padre!....

Y nos perdíamos en un mar de absurdas conjeturas, concluyendo por negar la luz sin saber el origen de tantas sombras!

Verdaderamente, el que vive sin conocer el Espiritismo, vive á medias, ó por mejor decir, no vive; porque no comprendiendo la verdad de la vida, no se puede apreciar en su justo valor nada de cuanto nos rodea.

La generalidad de los hombres, si estamos en la tierra es para saldar cuentas atrasadas; de consiguiente, nuestra vida tiene más penalidades que satisfacciones, y para un segundo de placer hay diez años de dolor, y esta desproporción nos subleva como es muy natural: por nuestra parte, confesamos ingenuamente que al hacer la suma de nuestros dolores y de nuestras alegrías, como el total de los primeros superaba en ciento por uno á las segundas, aquella enorme diferencia nos desesperaba y decíamos recordando las célebres frases del inolvidable Bartrina: «¿Por qué en el alfabeto de la felicidad la primera letra es la X? ¿Por qué si á nadie hemos ofendido, hasta las piedras de la calle se ponen de punta para herir nuestros pies?...»

Y nos conceptuábamos tan inmensamente desgraciados, que ahora nos parece mentira que entonces pudiéramos vivir; y no podemos comprender como la generalidad se conforma con tanta desarmonía, porque no conociendo el Espiritismo se tiene que creer lo que dice Martí Folguera.

Sin duda alguna la mayor parte de los hombres no se debe detener á pensar, porque pensando es imposible vivir con tranquilidad no conociendo la vida de ultratumba, puesto que vemos que el alma que desea más amor es la que vive en este mundo más solitaria.

Que la persona que más se sacrifica por sus semejantes es la que recibe más desengaños.

Que hacer un beneficio y crearse un enemigo es todo uno.

Que el que difunde la luz, casi siempre es objeto de mofa y escarnio para sus contemporáneos.

Que es necesario morir para ser admirado.

Que es preciso huir del lugar donde se nace para ser escuchado y atendido. Y esta contrariedad continua es desesperante, faltan las fuerzas humanas para resistir los embates de la vida, se llega á desear la nada!.... pensando lógicamente que donde no hay sensacion no hay agonía.

.
¡Qué asombro se experimenta cuando el Espiritismo nos presenta la vida del pasado y del mañana!

¡Qué rápidamente descendemos de las olímpicas alturas donde nos habia elevado nuestro orgullo!

¡Qué pronto desaparece nuestra nécia vanidad al saber lo que fuimos ayer!

¡Qué tolerantes somos con los débiles recordando nuestras debilidades!

¡Cuánto compadecemos á los culpables, porque ya sabemos lo que pesa la culpa!

Verdaderamente el espiritista racionalista renace con su nueva creencia.

No importa que su cuerpo sea viejo, porque él es un hombre nuevo.

¡Se opera tal transformacion en el espíritu!...

¡Se piensa de tan distinta manera!...

¡Se cree en Dios con tanta certidumbre!

¡Se aceptan todas las amarguras con tan profunda y racional resignacion! que el hombre vive, porque está convencido que si sufre es porque hizo sufrir á otros.

Que si padece hambre es porque malgastó su riqueza y negó el pan á los mendigos.

Que si nadie le quiere es porque él se rió del amor, y pagó con desdenes el afecto de almas generosas.

Que si se rien de su ciencia, es porque él se mofó de los sábios de su tiempo.

Que si queda sin vista, es porque á otros los dejó ciegos; y esta firmísima convicción nos dá tal energía para vivir, que en todas las esferas de la vida disfrutamos de una verdadera tranquilidad, porque decimos: *Hoy recojo lo que ayer sembré*; así es que ahora no vemos como lo veíamos antes *todo demasiado lleno, ó demasiado vacío*; sino que muy al contrario, encontramos los efectos proporcionados á las causas; guardando perfecta relacion todas las cosas, que es todo el *máximum* de felicidad que puede alcanzar el hombre en este planeta de expiación y prueba; por esto aconsejamos á todos los espíritus pensadores, á todos los que dicen como decía Espronceda:

Aquí para vivir en dulce calma

O sobra la materia ó sobra el alma,

les aconsejamos, porque amamos á nuestros semejantes y nos interesa vivamente el progreso moral é intelectual, que estudien la razonable filosofía espiritista, y encontrarán que el espíritu y la materia al unirse se complementan, y que en el eterno desenvolvimiento de la vida, no hay cuerpo fuera de su lugar, ni alma que no ejecute la acción que le corresponde, que todo se relaciona, que todo se armoniza, que todo se enlaza, que todo responde al plan perfectísimo del Creador; de consiguiente *¡nada hay lleno ni vacío!*

¡La naturaleza sigue su evolución perpétua!

¡El hombre no cesa en su progreso indefinido!

¡Los siglos se suceden sin interrupción sin que nunca se pare el cuadrante de la eternidad! y Dios viviendo en todo lo creado y todo lo existente viviendo en él, crea incesantemente nuevos universos que absorben los raudales de su eterna luz.

Ante la vida infinita *¡nada hay lleno ni vacío!* en la naturaleza todo es armónico, porque es el libro donde Dios escribe sus memorias!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

Un buen apóstol.

«Para saber positivamente donde existe la virtud, decía el gran Pericles, no se ha de juzgar al hombre por la apariencia, sino con el trato íntimo y por los hechos, pues ellos solamente ponen de manifiesto la belleza ó fealdad del alma.»

Bien dice el sábio; los seres nobles, generalmente, son sencillos y humildes: los actos más insignificantes de su vida, dejan tras sí una estela luminosa que sirve de guía á todos aquellos que quieren hacer algo útil; y como todo en ellos es grande, por más que quieran ocultar sus virtudes, á causa de su natural modestia, los hechos, por sí solos, son suficientes á demostrarlas; y lo mismo suce-

de á los hipócritas, que por más que revistan sus actos de una virtud exagerada, la ruindad de sus almas, aparece cuando menos se lo piensan; y por esta razon, los hechos, son siempre el justo juez que aplica á cada individuo el concepto bueno ó malo á que se ha hecho acreedor.

El orgullo, es el enemigo más terrible de la humanidad, es el falso tribunal donde se absuelve á los hipócritas: pero ante él está el tribunal secreto de la conciencia, donde el espíritu queda sólo con su remordimiento.

El orgullo, es el supuesto diamante que se presenta deslumbrador por un segundo; pero que más tarde, sus rayos se amortiguan, y pierde todo su valor.

La virtud, es el preciado y verdadero diamante que yace en la concha del olvido humano, porque son muy pocos los que de él se acuerdan; y los que van en su busca, se esponen mil veces á las iras del diamante falso, que no le conviene, por ningun concepto, el hallazgo de tan preciosa joya.

Los humildes, hacen el bien allí donde se les presenta ocasion; poco les importa que nadie se aperciba de ello, por que su fin no tiende á la ostentacion y sí sólo á la práctica de la virtud. Los orgullosos, por el contrario, siempre buscan la publicidad del escaso bien que ejecutan, por que aprecian más el murmullo adulador que satisface su vanidad propia, que el valor de una accion noble y generosa.

El hombre virtuoso, siempre cumple estrictamente con su deber, ora ocupe un elevado cargo, ora sea éste el más humilde de cuantos existen: en todas partes, se muestra tal cual es; sencillo en su aspecto, grande en sus hechos.

Un amigo nuestro, hombre de bellos sentimientos y de muy clara penetracion, hablando un dia sobre lo mucho que abunda el orgullo en este mundo y lo escasa que anda la virtud, nos dijo lo siguiente:

«Como V. sabe, unas veces por necesidad y otras por recreo, he viajado mucho: he sido sumamente curioso, y en mis viajes, especialmente he ido anotando en mi libro de apuntes todo cuanto más notable me ha ocurrido, he visto ó escuchado: he tratado á eminencias, grandes en la aparienciá, pero muy pequeñas en el fondo; y he visto florecillas humildes, casi olvidadas de todos, que se han elevado á una altura sin igual.

«Entre los pocos séres que he hallado en mi camino, dignos de un alto respeto por sus méritos morales, voy á citaros uno, el cual, ya que os dedicais á la escritura, podrá servirnos como base de un artículo.

«En mi último viaje á Francia, iba yo profundamente herido en lo íntimo de mi alma por la pérdida de un hijo querido; y en vez de instalarme en una de sus populosas ciudades, me interné por un ameno y pintoresco valle rodeado de empinadas rocas y de verde follaje, plantado por la pródiga Naturaleza, dispuesta siempre á engalanar con su igual belleza todo aquello que la mano del hombre abandona por ley natural. Parecíame que allí se respiraba otra atmósfera

más pura que en las grandes capitales: la soledad, tiene un poderoso atractivo para los que sufren: el silencio de los valles con el canto de las aves y la majestad del espacio sin fin, constituye una admirable elocuencia que habla al alma, y que esta escucha con religiosa atencion, porque, todo cuanto le rodea, es poético y arrobador.»

«La vida del campo, amiga mia, es el retrato fiel de lo que será un día la humanidad, á medida que la civilizacion se extienda por los pueblos y se acrecienta con las grandes reformas: el campo, borra la distincion de clases; el potentado y el labriego, entablan amistosa conversacion, ora sobre la vida campestre, la plantacion de tal ó cual árbol, la calidad de las frutas ú otras cosas análogas; la aldeana, ofrece á las demás las flores y frutas más preciosas; y todo se unifica en aquellos momentos, por que no existe el orgullo; pues los unos ofrecen con cariño, y los otros reciben con gratitud.»

«Todo esto, agrada á los viajeros que, hartos unos de las exigencias sociales, enfermos del cuerpo otros, y del alma los más, se lanzan en busca de la soledad de los valles y los prados, para calmar un tanto sus sufrimientos y alejarse de sus negocios cotidianos.»

«Yo iba, pues, á solazarme en los esplendores de la Creacion, para alejar de mí un recuerdo doloroso. Al final del valle, por el cual había andado largo rato, encontré una pequeña aldea, en la que se destacaba como obra de arte una antigua y reducida iglesia. Un grupo de árboles, formaba la entrada de aquel santuario, al lado del cual, se hallaba la rectoría; y á esta fui á pedir hospitalidad por algunos dias.»

«Un jóven y distinguido sacerdote, fué el que me recibió, con la dulzura del un ángel, instándome á que permaneciera allí todo el tiempo que quisiere: todo respiraba aseo y modestia: una respetable anciana, era la encargada de cuidar al jóven Párroco: este, de caracter franco y expresivo, de elevadas ideas, más propias del siglo venidero que del actual, y con un talento nada comun, reunía las bellas condiciones del filósofo y del sábio, atrayéndose las simpatías de cuantos le trataban: los hombres, encontraban en el digno sacerdote, á un fiel amigo; las mujeres, á un preceptor prudente: y los niños, á un cariñoso profesor que les inculcaba los más puros y nobles sentimientos en sus vírgenes inteligencias.»

«Además, el Abate Aurelio, poseía grandes y profundos estudios, tanto en filosofía como en ciencias naturales; pues, en su cuarto de estudio, reunía una hermosa coleccion de flores, plantas é insectos, de los cuales sabía toda su historia desde su formacion hasta su desaparicion: amaba el progreso, como uno de los elementos más necesarios para el perfeccionamiento humano: aborrecía la ignorancia, como el más terrible enemigo de los pueblos; y gustaba de la instruccion, porque veía en ella á la gran motora de las inteligencias.»

«Cuando dirigía la palabra á los fieles, lo hacía con una elocuencia tan sencilla y apropiada á la escasa comprension de aquellos aldeanos, que estos le comprendían tan bien, como no habían comprendido á ninguno de sus antecesores: siempre les exortaba á que fuesen virtuosos prácticamente; y, al mismo tiempo, añadía, que cuanto más instruidos fueran, sabrían comprender mejor el valor que encierra la virtud: los alejaba del fanatismo, como de un abismo profundo dispuesto siempre á sepultar en su seno á los espíritus débiles é ignorantes: á la mujer, le mostraba la familia como uno de sus principales deberes, y le decía que, esposa ó madre, hija ó hermana, en cualquiera de esos cargos, la mujer discreta y pensadora, puede ser inmensamente grande, porque puede proporcionar sumo bien á la familia; y como de ésta nace la sociedad en general, la mujer es la que debe dar principio á los adelantos morales del presente siglo, empezando por instruirse y concluyendo por enseñar: sin fanatismo, preocupaciones ni ignorancia, decía el jóven Abate, las familias crecen robustas de ideas, y cuando estas son sanas, las obras de cada individuo son excelentes.»

«El sacerdote francés, era una hermosa figura de la iglesia Cristiana, era el padre de los pobres y el consuelo de los afligidos: á todos amaba, y siempre se hallaba dispuesto al sacrificio: tenía gran predileccion por los niños, afanándose por ilustrarles y acostumbrarles á que fueran respetuosos con sus mayores, afectuosos con sus iguales, y humildes y agradecidos en todas ocasiones. Finalmente, amiga mia, oir hablar al Abate Aurelio, era escuchar á un gran filósofo de los más avanzados del presente siglo, á un sábio de profundos conocimientos científicos, á un digno sacerdote, ó mejor dicho, á un verdadero Apóstol de la Doctrina de Cristo.»

«Un mes permanecí en su compañía, que me fué sumamente grata; y cuando me separé de él, no pude menos de exclamar: «¡Qué alma tan bella! ¡Este hombre, parece bueno, y afortunadamente lo es! ¡Cuántos sacerdotes así hacen falta á la humanidad!»

«Desde entónces, procuro imitarle cuanto puedo, convirtiéndome en sacerdote de mis semejantes siempre que tengo ocasión.»

Cuando acabó de hablar nuestro amigo, comprendimos que su relato nos serviría perfectamente para formar un artículo; y así lo hemos hecho, con el fin de presentar á nuestros lectores un modelo de sacerdotes, el cual deseáramos tuviera muchos imitadores.

¡Escasea tanto la virtud en todas las clases de la sociedad que, allí donde la vemos que se despliega con todo su esplendor, nos apresuramos á mostrarla como una maravilla á todos los que son amantes de la luz, de la verdad y de la justicia, sin cuyos auxiliares, siempre tendremos una generacion pobre y enfermiza!

Todos podemos ser buenos apóstoles en la tierra, si sabemos comprender la verdad del Evangelio; porque él nos enseña el amor en toda su plenitud, y donde hay amor, hay armonía, imperando esta donde tiene su asiento la virtud.

CÁNDIDA SANZ.

Gracia.

NECROLOGÍAS.

Nuestro estimado amigo y respetable director D. José M.^a Fernandez acaba de sufrir un rudo golpe con la *muerte* de su amable y virtuosa esposa D.^a Ana Campos, que desincarnó en la mañana del 5 de este mes.

Todos los que tuvimos la dicha de conocer y tratar á la *finada* deploramos en el alma su ausencia, por temporal, por corta que sea. Su separacion en estos momentos ha dejado un vacío irreparable en el hogar doméstico, en el centro «La Paz» y en tantas otras asociaciones benéficas en que durante su vida habia ingresado, llevada de su compasivo corazon. Hácesenos todavía más sensible su aparente pérdida si nos detenemos en recordar sus cualidades. La constancia y decision de que dió tantas pruebas en el curso de su vida, la fê ardiente y sostenida con que profesaba nuestras consoladoras doctrinas, los bellos y nobles sentimientos que inspiraban todos sus actos y que resplandecian en su vida, su solicitud para con el infortunio, su abnegacion para con la desgracia, son las cualidades que más descuellan en esta existencia que la muerte acaba de extinguir.

Si nuestro estimado amigo y director no estuviera plenamente convencido de la verdad de nuestros ideales filosóficos y religiosos, hoy seria la ocasion de llorar con él, pero de ningun modo intentaríamos consolarle.

Hay dolores que solo el Espiritismo está en condiciones de consolar.

Empero nuestro amigo ha recibido el golpe con la resignacion cristiana.

Juzgamos inútil reproducir aquí lo que él ha dado muestras en estos supremos momentos de conocer y practicar como ninguno.

Por lo demás, aparte de los consuelos que directamente surgen de nuestras inquebrantables convicciones, la especialidad de las circunstancias que han concurrido en esta muerte dá lugar á otros muy atendibles, porque son tambien eficacísimos: al esposo, á la familia, á los amigos unidos á ella por vínculos del corazon, quédales como modelo el ejemplo de una *muerte* verdaderamente cristiana, la imágen completa y perfecta de una *muerte* espiritista.

Vive, vive siempre en progreso, virtuosa hermana; entre nosotros queda el recuerdo de tu vida que nunca se borrará de nuestra memoria; guardamos la

imágen de tu muerte para aprender en ella resignacion cuando suene en el reloj del tiempo la hora de nuestro *fin*.

Hasta la vista, querida hermana....

El centro «La Paz» y la redaccion de esta REVISTA saludan con respeto á la hermana que acaba de abandonar su mansion terrestre: con vivo sentimiento se dirigen al hermano que tal pérdida acaba de experimentar.

Se asocian al pesar profundo que ambos de momento han sufrido. No puede haber para uno motivo de alegría allí donde hay para otro motivo de amarga tristeza.

En aras del bienestar y de la felicidad del desincarnado, debemos los encarnados sacrificar nuestros pesares, nuestra tristeza y la causa de nuestras amarguras.

La Sra. D.^a María Teresa Folch, esposa de nuestro apreciable compañero don José Amigó, director del periódico «El Buen Sentido», pasó á mejor vida el día 8 del corriente, celebrándose su entierro civil el día 9 á las 5 de la tarde.

La autoridad eclesiástica prohibió el enterramiento en el cementerio, de los restos de nuestra apreciable hermana en creencias; pero el señor Alcalde, sin prejuzgar la cuestion y fundándose en el contenido del oficio del señor Vicario general, dió orden á los sepultureros municipales para que procedieran al enterramiento.

Acompañamos á nuestro querido amigo en su justo sentimiento y le deseamos la proteccion de los buenos Espíritus. Su digna compañera, modelo de madres y esposas, despues de tantos dolores sufridos con santa resignacion, gozará de la dicha á que se ha hecho acreedora por tan legítimos títulos.

Crónica.

A un bien escrito artículo de nuestra apreciable colaboradora D.^a Matilde Fernandez de Rás, titulado «De la vida monacal», que insertó «El Látigo» de Tortosa, contestaron los periódicos de aquella localidad «El Correo de las Familias» y «El Semanario», el primero con un suelto y el segundo con una protesta, ambos escritos de pésimo gusto, en alto grado ofensivos y hasta injuriosos, revelando la intransigente escuela de un intransigente ultramontanismo. Sentimos no poder dar íntegro el artículo de la Sra. Rás, la protesta y el suelto. Copiamos solo á continuacion los siguientes escritos de «El Látigo»:

UNA PROTESTA DE «EL SEMANARIO.» (1)

«Sentimos no poder copiar al pié de la letra esa protesta; pero recomendamos su lectura, que fotografía á su autor, como pudiera hacerlo el invento más perfeccionado. Reproducir tanta palabrería de mal gusto y hasta soez algunas veces, equivaldria á copiar el documento. Leed y juzgad. (*El Semanario del 30 de Abril, núm. 9.*)

«El Semanario» de la calle del Bou lleva los ojos vendados, esto es, cierra los ojos á la luz, como si dijéramos: es de fé ciego, intransigente y acérrimo enemigo de las verdades históricas, si estas descubren las llagas y los vicios á los hombres de su creencia, que quisiera ocultar aun á costa de la honra de los demás.

«Creerlo así, es el mayor favor que los *desdichados* redactores de EL LÁTIGO pueden hacer al feliz y bienaventurado ciego de conveniencia, que cree que en los conventos solo hay trabajo, sencillez, humildad, silicio, ayuno, penitencia, oracion, virtud, castidad y santidad.

«No queremos sacar del error al protestante «Semanario», si el error le edifica y le hace feliz; pero apriete la venda y tápese bien los oídos, porque el *desdichado* LÁTIGO se prepara para dar algunos apuntes históricos, que dejarán á cada cual en el puesto que le corresponde, y verá el Reverendo «Semanario» como el artículo de nuestra ilustrada colaboradora D.^a Matilde de Rás está en la verdad.

«Imagínarse que hemos de creer como artículo de fé, que todo lo del «Semanario» ha de ser santo y justo, y pestilente, detestable lo demás, son chocheos que sólo pueden perdonarse á los sectarios de caducas preocupaciones, que se van para no volver jamás, *os lo aseguramos.*

«En este país de la buena gente, encuentra el ultramontanismo quien se encoja de hombros y diga á todo amen, pero si intentais hacerles comulgar con ruedas de molino y quereis que pasen plaza de tontos, os equivocais; esperad un poco más y les conoceréis mejor.

«Si á la laboriosa propaganda que hace el ultramontanismo, contra todo lo que sabe á civilizacion, progreso y libertad, han prestado y prestan gran servicio las beatas y mujercillas ociosas, es muy justo que para decir verdades y señalar los focos de corrupcion y malestar de los pueblos, surjan heroínas como surgen en todas las partes del mundo y ellas bastarán para sacar de las tinieblas á los que en ellas se gozan.

«A la Sra. Ras, le ha tocado el mejor rúnto de honor; en donde cree el neismo estar muy arraigado, pero otras la seguirán y no le faltará auxilio si lo necesita.—Basta por hoy este amistoso aviso y sepa *El Semanario* que á sus protestas, lo mismo que á los insulsos sueltos de otro periódico, no contestaremos mas que con hechos y *en donde los hechos hablan es menester doblarse á la evidencia.*

«Mientras tanto podriais abandonar ese aire de autoridad que tanto os ridiculiza.

Los chicos de EL LÁTIGO.»

(1) «El Semanario» es un periódico neo, que tiene su domicilio en la calle del BOU.

OTRO PALITO.

«En mala hora *El Correo de las Familias*, por consejo de un amigo suyo, quiso leer en nuestro periódico un artículo de D.^a Matilde Ras, titulado *De la vida monacal*, pues se le atragantó la verdad histórica y pasó mal rato, de modo que EL LÁTIGO teniendo solo pretensiones, como dice el colega con aire de suficiencia, podría darse por satisfecho, de verse cruzado por la mollera del sesudo semanario de la calle de Cambios.

»Sentimos el percance y le aconsejamos que otra vez escriba con más serenidad sus sueltos aunque se le insubordinen los nervios, pues entre un montón de palabras que solo sirven para aumentar su confusión y aturdimiento, solo se vé un dudoso rasgo de compasión por una persona que, por lo menos, vale tanto como una Sra. Abadesa, esposa de Jesucristo, (¿?) y mucho mas que esa caterba de monjas mal aconsejadas que han creído ganar el cielo huyendo del trabajo y de la vida de familia, fingiendo beaterio.

»Sepa el colega también, que nuestra apreciable colaboradora D.^a Matilde Fernandez, si bien no tiene la loca pretensión de llamarse esposa de Cristo, lo es en realidad y con toda la fuerza de la ley, de D. Antonio Ras, y que está rodeada de una familia patriarcal, con todas las vicisitudes y cuidados de una vida eminentemente cristiana, apartada de los misterios de los conventos, de donde el crimen raras veces trasciende.

»Hablamos en general, pues somos tolerantes y creemos que en las instituciones monacales de ambos sexos, como en todas las sectas religiosas, hay personas dignas y sinceramente creyentes en sus reglas y prácticas: y abunda más la sinceridad y la buena fe, en donde hay menos hipocresía y menos servilismo, que en mengua de la dignidad del hombre, se deja arrastrar por las sugerencias de un farisismo estúpido, desvergonzado y conspirador.

»Hè aquí lo que hoy, en ausencia de su papá, contestan los muchachos de EL LÁTIGO al sábio y erudito autor del suelto mencionado; y prepárese á cerrar los oídos al amigo y á echar al cesto otras lindezas que le espeluznarian, pues sabe que los niños y los loros decimos la verdad.

COTORRA.»

ANUNCIOS.

El Catecismo Espiritista de Mr. de Turck, (antiguo diplomático) vertido el español, es conveniente y hasta necesario para todos los que deseen conocer al Espiritismo y muy particularmente para los que asisten á las sesiones espiritistas. Prueba de su importancia es el haberse traducido en diferentes idiomas. Se vende á 50 céntimos de peseta.

—ESTUDIOS SOBRE EL ALMA (APUNTES PARA UN LIBRO) por Arnaldo Mateos.—Este interesante libro se vende en la calle de la Palma de San Justo, número 9, Tienda de Encuadernaciones, al precio de 2 pesetas 50 centimos. Pueden dirigirse los pedidos al mismo autor mandando el importe en sellos de correo, por giro mútuo ó en giros de fácil cobro.

Barcelona.—Imprenta de Leopoldo Domenech, calle de Basea, núm. 30, principal.